

# Un manantial de agua viva

«El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.» Juan 7:38

Ondas. Doña Beatriz preguntó a los niños si alguna vez habían formado ondas en el agua lanzando piedritas.

–A mí me encanta formar esas ondas –dijo Sal.

–Sal es experto –informó Pimienta–. Me está enseñando cómo lanzar las piedras para formar ondas. ¡No es fácil!

–Hay que lanzar las piedras de costado –dijo Sal.

–¿Sabían que dar una noticia es como formar ondas en el agua? –dijo doña Beatriz–. Así como se forman más y más ondas, una noticia se esparce. Pasa de nuestra familia a nuestros amigos, y de allí a nuestros vecinos y a otros conocidos. Al fin, ¡todos han oído la noticia!

## JESÚS PASA POR SAMARIA

Hoy veremos a una mujer que dio una gran noticia.

Jesús y sus discípulos iban de Judea a Galilea. Jesús dijo que **tenía que** pasar por Samaria. Jesús era judío. Los judíos solían dar una gran vuelta para no pasar por Samaria, porque había enemistad entre judíos y samaritanos.

A los judíos no se les permitía hacer favores a los samaritanos y usaban la palabra «samaritano» para mostrar desprecio. Jesús no era como otros judíos. Él no hace distinción de raza ni color. Para Él todos tienen el mismo valor.

Jesús estaba cansado del viaje; tenía hambre y sed. Se sentó junto al pozo de Jacob a las afueras de la ciudad de Sicar. Los discípulos fueron a la ciudad en busca de algo para comer.

## UNA MUJER DESPRECIADA

Era mediodía y el sol quemaba con fuerza. Llegó una mujer a sacar agua del pozo. Era costumbre que las mujeres iban al pozo; pero no al mediodía, cuando hacía mucho calor.

La mujer que llegó al pozo era despreciada por su mala vida. Para librarse de las burlas y las miradas de desprecio de las mujeres de su pueblo, iba a buscar agua a esas horas.

–Tengo sed –dijo Jesús–. ¿Puedes darme un poco de agua?

–¿Qué? –repondió la mujer, sorprendida–. Tú eres judío y me pides a mí, una samaritana, que te dé agua. No lo entiendo.

–¡Ah! Tú no sabes quién soy yo –dijo Jesús–. Si me conocieras, me pedirías que te dé agua viva.

–¿De dónde vas a sacar esa agua? Este pozo es hondo y no tienes con qué sacar agua.

## UN MANANTIAL DE AGUA VIVA

–Yo soy el agua de vida –dijo Jesús, y le explicó a la mujer sobre sí mismo–. El agua que yo doy fluye como un manantial en tu corazón. Si crees en mí recibes la vida eterna.

Al hablar con Jesús la mujer sintió que Él sabía todo acerca de su mala vida, y que sin embargo la amaba. ¡Así es Jesús!

Tal como Jesús hace con cualquiera que cree en Él, perdonó los pecados de la mujer. En su corazón corría el manantial.

Tan feliz estaba la mujer que se olvidó de que había ido al pozo a sacar agua. Dejó su cántaro y volvió corriendo a Sicar.



Calle arriba y calle abajo iba gritando:

–¡Vengan! Vean a un hombre que me ha dicho todo lo malo que he hecho. ¿No será el Hijo de Dios?

Ella corría y gritaba, y la gente la seguía. ¡Qué sensación! Los samaritanos de Sicar conocían a esta mujer y querían ver al hombre que le había revelado todas sus maldades.

## MUCHOS SAMARITANOS CREEN

Al ver a la gente Jesús se olvidó de que estaba cansado, y de que tenía hambre y sed. Para Él lo más importante era hablar a los samaritanos del camino de la salvación. Jesús no había venido a salvar sólo a los judíos, sino también a los samaritanos.

Cuando la mujer corrió con la noticia acerca de Jesús, se hicieron ondas cada vez más grandes, como cuando se lanza una piedra al agua. Muchos creyeron en Jesús por lo que ella anunciaba.

Los samaritanos estaban tan contentos que pidieron a Jesús que se quedara con ellos un tiempo. Él y sus discípulos se quedaron dos días en Sicar. ¡Y se formaron ondas! Muchos más supieron del camino al cielo. Llenos de gozo le decían a la mujer:

**«Ya no creemos sólo por lo que tú has dicho, porque nosotros mismos hemos oído a Jesús, y sabemos que verdaderamente Él es el Salvador del mundo.»**

–Jesús amaba a los samaritanos; por eso tenía que pasar por Samaria –dijo doña Beatriz–. ¿Creen que Jesús diría lo mismo si pasara por aquí?

–Yo quisiera que Jesús vaya a mi casa –dijo Pepita.

Jesús no viene hoy en persona a tu casa; pero puedes recibirlo en tu corazón por el Espíritu Santo. El gozo que Él te da es como si tuvieras en tu interior un manantial de agua viva.

–Sal, así como lanzas las piedritas al agua y se forman ondas, puedes anunciar la noticia de la salvación en Jesús –dijo doña Beatriz–. No sólo nuestro amigo Sal, sino todos. Podemos decir: “¡Ven a conocer a alguien que te ama más que nadie! ¡Conoce a Jesús que pone en tu corazón un manantial de agua viva!”